

LA POLITICA ETNICA: ESTUDIO COMPARATIVO DE LOS CATOLICOS NORTEIRLANDESES Y LOS VASCOS ESPAÑOLES

Por EDWARD MOXON-BROWNE

SUMARIO

I. INTRODUCCIÓN.—II. PERTENENCIA A LA ETNIA.—III. PARTIDOS POLÍTICOS.—IV. ETNIA Y PERIFERIA.—V. VIOLENCIA POLÍTICA.—VI. EL ENTORNO EXTERIOR.—VII. CONCLUSIONES: 1. *Largos períodos de política represiva instigada por el Estado tienden a reforzar más que a reprimir la solidaridad étnica.* 2. *La modernización estimula la conciencia étnica.* 3. *La distribución del poder político en el Estado puede ser un factor capital de acomodación de las divisiones étnicas.* 4. *La solidaridad de un grupo étnico depende en gran medida de las relaciones entre él mismo y otros grupos étnicos o la sociedad más amplia.* 5. *El entorno exterior es un elemento clave en la determinación de las implicaciones políticas de la etnia.*—REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

I. INTRODUCCION

En el presente artículo se lleva a cabo una comparación entre dos comunidades étnicamente distintas: los católicos de Irlanda del Norte y los vascos del noroeste de España. El objeto de la comparación es profundizar en nuestra comprensión de las relaciones entre el moderno Estado europeo occidental y los grupos étnicos dentro de sus fronteras.

Aunque mucha gente reconoce los grupos étnicos cuando los ve, resulta mucho más difícil definirlos de forma precisa. En un extremo, hay grupos que habitan una cierta región, pero poseen sólo débilmente características idiosincráticas o que se han diluido a causa de la inmigración (por ejemplo, los cónicos). En el extremo opuesto, los grupos étnicos se protegen en nacio-

nalidades: la diferencia llega a ser parcialmente de escala (¿Cuán pequeña puede ser una nación? ¿Cuán largo es un pedazo de cuerda?) y en parte de categoría de Estado (potencial o actual). En algún punto de estos extremos tenemos lo que Smith (1981, 1986) llama una etnia, definiéndola como:

«Un grupo social cuyos miembros comparten un sentimiento de unos orígenes comunes, reclaman una historia común y diferenciada, poseen una o más características distintivas y experimentan un sentimiento de colectividad única y solidaria» (Smith, 1981:66).

Preliminar a nuestra comparación, es necesario apuntar algunas notas previas sobre los grupos étnicos. Existen al menos tres posibles dimensiones para definir la destacabilidad de un grupo étnico como un «actor» políticamente significativo. En primer lugar, está la dimensión objetiva: ¿existe de hecho un grupo étnico? En segundo lugar, existe una dimensión subjetiva: ¿qué piensa el grupo de sí mismo y de la sociedad que le rodea? Tercero, necesitamos examinar una dimensión exterior: ¿cómo interactúa la etnia dentro de una nacionalidad con respecto al entorno internacional?

Cuando hablamos de minoría étnica, las relaciones numéricas entre la minoría y la mayoría constituyen probablemente el atributo menos importante. Los negros de Sudáfrica forman una «minoría» en el sentido de lo que queremos expresar aquí: tiene que existir una posición de subordinación, percepción de una inferioridad cultural por parte de la mayoría, una conciencia por parte de la minoría de su desventaja y un alto grado de endogamia para reforzar el sentimiento de exclusividad del grupo. En las minorías étnicas se produce su sentimiento de separación en virtud de que el hecho de su pertenencia al grupo implica que ciertos atributos se les adscriben y de que la mayoría les trata no como a individuos, sino como a miembros de ese grupo. En consecuencia:

«Es sólo al asignar o al asignarse uno mismo a una particular entidad social cuando se llega a percibir ciertas consecuencias sociales que incluyen un trato discriminatorio por parte de obreros y sus actitudes negativas basadas en algunos criterios comunes (aunque vagos) de los miembros de que la conciencia de ser una minoría puede desarrollarse» (Tajfel, 1977:4).

La claridad con que se observa la distinción de los grupos étnicos es variable, pero depende, en última instancia, de la facilidad con que los miembros son capaces de moverse fuera del grupo y de integrarse en la mayoría

más amplia, la medida en que los miembros del grupo minoritario provoca percepciones generalizadas con independencia de la conducta y las cualidades de los individuos y, tercero, de hasta dónde llegan los esfuerzos por parte de los miembros del grupo minoritario para integrarse en la mayoría, una vez opuestos a ella, para crear nuevas formas de conciencia de grupo.

El proceso de modernización en Europa occidental, una vez calculado para señalar el final de las idiosincrasias étnicas, de hecho ha magnificado para estas minorías las dificultades que comparten con otras minorías en situaciones similares, así como subrayado el trato para sus propias culturas distintivas. Los esfuerzos hechos por un gobierno nacional para suprimir o al menos atenuar las afirmaciones étnicas dentro de sus propias fronteras conllevan una gran resistencia y una gran cohesión de grupo. El impacto se siente particularmente cercano (con especial agudeza) por la *intelligentsia*, quienes son más conscientes de las implicaciones para su propia etnia del éxito del nacionalismo de Estado.

Verdaderamente, puede argüirse que la participación en los movimientos de protesta etnorregionales ha sido una actividad terapéutica para los jóvenes intelectuales, quienes perciben claramente el alcance con el que su propia cultura se ve afectada por la homogeneización de los valores del moderno capitalismo; y en virtud de su propio éxito al abandonar sus humildes orígenes sociales, buscan nuevas certezas en la identidad étnica a través de «imponer conscientemente raíces étnicas para reemplazar las raíces sociales que se subvierten por un repentino vuelco de la movilidad» (Gutteridge, 1986: 114). Lejos de ser removidos por las fuerzas económicas transnacionales, los grupos étnicos se han autodefinido con términos nuevos.

Al rehusar aceptar las percepciones atribuidas a la mayoría, las elites políticas de las minorías han retornado a sus características culturales, especialmente el lenguaje, para demarcar su propia identidad étnica con mayor claridad y en algunos casos han resucitado acontecimientos históricos e incluso míticos para dar credibilidad a sus reclamaciones.

Cualquiera que sea la dinámica psicológica interna de un grupo minoritario, su autopercepción se mide en el contexto de una sociedad en la que existen otros grupos.

El concepto de pérdida relativa, por ejemplo, un factor poderoso para explicar la militancia grupal étnica, depende de su validez sobre la noción de que un grupo se siente privado en relación con otro grupo con el que ha elegido compararse el mismo. De modo semejante, el conflicto tamil-sinhales puede explicarse, primero, debido a los esfuerzos de Sinhala para restaurar lo que percibían como su propia situación de desventaja *vis-à-vis* con la minoría tamil, y más recientemente, los esfuerzos tameses para resistirse a lo

que percibían como una excesiva usurpación sobre su posición económica y política (Boucher y otros, 1987:40).

Todas las minorías étnicas tienen que escoger una posición. Pueden elegir entre aceptar el papel que les atribuye la mayoría e interactuar con la mayoría sobre esas bases o aislarse ellas mismas de la mayoría preservando cierta autoestima. De forma señalada, la minoría negra y la minoría judía de los Estados Unidos se aproximan, respectivamente, a estas dos posiciones. A pesar de todo, hay un *continuum* aquí entre los que los grupos étnicos se mantienen constantemente: los negros, por ejemplo, al redefinir su propia identidad («lo negro es hermoso»), o los judíos, al cambiar sus nombres a los equivalentes anglosajones y al casarse «fuera», en la sociedad WASP.

La relaciones entre el grupo étnico y la sociedad más amplia no pueden, sin embargo, analizarse significativamente a menos que se tenga en cuenta también a la sociedad internacional. Así como las fuerzas económicas que no han tenido éxito en integrar a los grupos étnicos dentro de la amplia sociedad nacional, así también el Estado-nación mismo se ha mostrado sorprendentemente reacio a las presiones que tienen lugar sobre él para que renuncie a parte de su soberanía a nivel internacional.

En los años sesenta, varias teorías (Haas, 1968; Etzioni, 1965; Lindberg, 1963) argumentaban que el fin del proceso nacional de decisión era demasiado restrictivo para satisfacer las demandas de bienestar de las poblaciones nacionales (especialmente las europeas occidentales), que la cooperación internacional a través de las fronteras nacionales podría ser racional, inevitable y definitivamente beneficioso para pueblos que viviesen en unidades territoriales que resultarían anacrónicas en una época de armamento internacional y comercio global.

Retomando el punto de vista ortodoxo de que la internacionalización del comercio podría resultar la condena del nacionalismo, Smith estima que «el doble proceso de modernización y nacionalismo corre paralelo, reforzándose uno a otro» (Smith, 1981:60). En efecto, el «despertar» porcentual de la arena internacional, como hemos subrayado, ha incrementado la mutua conciencia de los grupos étnicos y ha aumentado su capacidad para sobrevivir.

Pero la «conciencia global» ha enseñado también a los grupos étnicos que la comunidad internacional acepta dos principios: autodeterminación y autoayuda (Ryan, 1988). Dado que muchas naciones-Estados internacionalmente reconocidas son los productos finales de un proceso de autodeterminación y dado que muchos Estados actualmente existentes son menos homogéneos étnicamente que ciertos grupos que buscan alcanzar la condición de Estados. Así, el argumento moral que subyace en la lucha de estos grupos es formidable. Dado también que en las relaciones internacionales nada tiene

éxito «sino el éxito», que ningún árbitro moral regula la competición hobbesiana por la supervivencia entre naciones-Estados, no sorprende que muchos grupos étnicos no vean ninguna alternativa más que la violencia para alcanzar sus fines.

Su frustración se extrema a causa de la natural disposición de los Estados a contener cismas internos, separatismo, guerra civil e incluso en algunos casos a reconocer la legitimidad de las aspiraciones étnicas por temor a debilitar su dominio dentro de su propio territorio o, peor aún, introducir un «caballo de Troya» por la intervención exterior.

Tanto el gobierno de Sri-Lanka con respecto a los tamiles como el gobierno sudafricano con respecto a los negros son prueba de estos temas. Los gobiernos se ven acosados por grandes sentimientos de inseguridad cuando el grupo mayoritario dentro del Estado es una minoría en la región contigua (ejemplo: Israel). Más aún, la proximidad de un grupo étnico minoritario para su «co-etnia» con otros países determina la probabilidad de intereses exteriores. Esto puede explicar por qué Canadá ha sido más capaz de conectar con su minoría francófona que Sri-Lanka con sus tamiles.

Los Estados tienen que contar, en definitiva, con la argumentación de la fuerza y no con la fuerza de la argumentación desde el momento que la legitimidad de muchos Estados se basa no en su «pureza» étnica, sino en el hecho de que existen, de que son viables y de que producen los *outputs* adecuados para sus ciudadanos.

Desde estos criterios, para la formación de Estados no resulta sorprendente que la minoría étnica, animada por su propia ideología «nacionalista» y por la creencia en su potencial viabilidad como Estados, estime que la moralidad de su argumento es tan defendible, si no más defendible, que aquellos Estados cuya integridad territorial intentan desafiar.

Así, por muchas razones, las ramificaciones regionales y globales de etnia son esenciales para comprender su impacto en la política nacional (Ryan, 1988).

II. PERTENENCIA A LA ETNIA

El número de la comunidad católica de Irlanda del Norte puede medirse con gran precisión: un informe independiente (publicado en 1985) estimaba que el porcentaje católico entre la población de Irlanda de Norte era de un 39,12 por 100 (Fair Employment Agency, 1985). La población de Irlanda del Norte constituye sólo el 2,5 del tanto por ciento de la población del Reino Unido.

Ambas comunidades se encuentran bien definidas, en el sentido de que poca gente en Irlanda del Norte siente que no «pertenece» a una comunidad o a otra. Los límites entre las dos comunidades se reflejan en la diferente conducta de voto: en esencia, cada comunidad tiene sus propios partidos políticos, esto a causa de los patrones de residencia (mucha gente vive en áreas donde sus vecinos probablemente son de la misma comunidad que ellos mismos) y debido al sistema educativo, en el que el 90 por 100 de los niños está en escuelas donde el *ethos* subyacente es católico o protestante.

El indicador más efectivo de la división comunal es, no obstante, la endogamia, con únicamente un 5 por 100 de matrimonios que tengan lugar fuera de la división católico-protestante (Rose, 1971; Moxon-Browne, 1983; Whyte, 1986).

Aunque en Irlanda del Norte es relativamente fácil identificar la comunidad católica al haber escaso desacuerdo acerca de si alguien es católico o no, su posición mucho más difícil de determinar es en el País Vasco. ¿Es vasco alguien nacido en el País Vasco? ¿Es vasco alguien nacido de padres vascos? ¿O lo es alguien que viva y trabaje en el País Vasco? Si aceptamos la definición más restrictiva, la de tener ambos padres nacidos en el País Vasco, los vascos pueden constituir el 45 por 100 de los que viven en el País Vasco; si aplicamos la definición a aquellos con un padre vasco, el total asciende al 54 por 100; si añadimos aquellos nacidos ellos mismos en el País Vasco, el total asciende al 63 por 100. Existe, sin embargo, un considerable apoyo en el País Vasco mismo para extender la nacionalidad vasca a alguien residente y que trabaje en el País Vasco (lo que es igualmente cierto para Cataluña).

En una reciente encuesta de opinión en el País Vasco (analizada por Linz), el 82 por 100 de los encuestados dijeron que la «conciencia de ser vasco» era una condición necesaria para la identidad vasca (Tiryakian y Rogowski, 1985:235). Aunque la lengua vasca forma un foco central de la identidad vasca, sólo un 22 por 100 de la población del País Vasco la habla y, además, no ha habido un planteamiento serio de que la lengua vasca fuera la base de la etnia.

Si consideramos las indicaciones subjetivas de la identidad vasca, llegamos a una conclusión similar: que alrededor de la mitad de la población puede considerarse vasca. El 39 por 100 se consideran ellos mismos como «puros vascos», el 12 por 100 se ven como más vascos que españoles, el 27 por 100 opinan que son por igual vascos que españoles. El resto se sienten más o menos españoles (Tiryakian y Rogowski, 1985).

El problema de definir a la etnia vasca resulta más complicado por el hecho de que estos indicadores subjetivos no tienen correlación con los cri-

terios objetivos antes indicados; así, aquellos que se autoproclaman vascos no son necesariamente aquellos cuyos padres han nacido ambos en el País Vasco (Tiryakian y Rogowski, 1985).

De este análisis de nacionalismo periférico en España, Linz encuentra que las expresiones más extremas de identidad étnica en el País Vasco están vinculadas más a definiciones territoriales que primordiales (descendencia, nacimiento) de etnia. Entre los miembros de Euskadiko Ezquerria y de Herri Batasuna, los partidos nacionalistas radicales (el último el «ala política» de ETA), encuentra un 47 y un 41 por 100, respectivamente, que coinciden con definiciones «territoriales» de etnia vasca, en comparación con sólo un 30 por 100 de los votantes del más moderado Partido Nacionalista Vasco. Se concluye que esta presteza para incorporar recién llegados a la «nación vasca» es un signo de modernidad y aparece en fuerte contraste con el nacionalismo «primordial» que encuentra, por ejemplo, en Galicia (Tiryakian y Rogowski, 1985:211).

Puede realizarse una obvia comparación entre las actitudes católicas hacia los protestantes de Irlanda del Norte; mientras que muchos protestantes se consideran a sí mismos como británicos y muchos moderados católicos adoptan la opinión de que esta nacionalidad británica puede aceptarse, el punto de vista católico más extremo, el expresado en el Sinn Fein, adopta la opinión de que los protestantes son realmente irlandeses y no desean admitirlo o han sido seducidos por las zalamerías económicas del imperio económico británico.

O'Malley (1983:298) destaca un comentario de un líder del Sinn Fein sobre la identidad del protestante norteirlandés: «Pero ellos han estado aquí tanto tiempo que son parte y porción de la nación irlandesa, y estimamos que su lugar está tanto en el campo político como en la nación, formando un todo.» Aun cuando este tipo de opinión no es apoyada por todos los católicos, es verdad que dos tercios de los católicos en una reciente encuesta se muestran de acuerdo con que, incluso cuando los protestantes dicen que son británicos, «en su corazón saben que no lo son» (Moxon-Browne, 1983).

III. PARTIDOS POLITICOS

La existencia de grupos étnicos bien definidos en Irlanda del Norte y en el País Vasco, respectivamente, ha llevado a cabo una impresión indeleble sobre el sistema de partidos políticos de ambos países.

En Irlanda del Norte, el sistema de partidos está muy distanciado del existente en el resto del Reino Unido; mientras que en el País Vasco encon-

tramos un sistema «híbrido» donde existen electores para votar tanto a partidos étnico-religiosos como a los grandes partidos nacionales (por ejemplo, Coalición Popular, PSOE).

Este contraste es, en sí mismo, tanto instructivo como irónico. La ironía radica en el hecho de que, aunque España ha cambiado hacia un sistema político cuasi federal, los partidos nacionales rivalizan entre ellos y con los partidos regionales para conseguir la aprobación del electorado.

En algunas partes de España esto significa cambiar el nombre del partido para satisfacer las sensibilidades regionales o añadir una política que conecte con las necesidades regionales.

En el Reino Unido, por otra parte, los grandes partidos, en un sistema abiertamente unitario, rechazan organizarse en Irlanda del Norte sobre la base, en parte, de que la política de la región es suficientemente diferente para justificar la existencia de partidos distintos y, en parte, porque hay, o debe haber, una política bipartita en Westminster que podría comprometerse al involucrarse en la caldera regional.

El contraste entre Irlanda del Norte y el País Vasco resulta instructivo porque subraya una de las mayores debilidades del Gobierno británico en relación con Irlanda del Norte: tratarla como diferente cuando manifiesta que es parte del Estado y tratarla igual mientras sugiere que es diferente.

La experiencia española, reconociendo diferencias étnicas, no sólo en el País Vasco, sino en otras regiones de España, y ofreciendo una considerable autonomía a las regiones que, sobre la base étnica, apenas merecen tratamiento diferenciador, permite por medio de la flexibilidad ayudar a la acomodación de las aspiraciones y necesidades regionales. El apoyo hacia los partidos nacionales permite a aquellos que no se sienten vascos votar a partidos españoles.

En Irlanda del Norte, incluso aquellos que se sienten británicos, no pueden votar a «partidos británicos», sino que han de votar a partidos regionales que están ahora tan alejados del sistema de partido del Estado en su totalidad como de los confesadamente partidos anticentristas.

Si observamos más de cerca los sistemas de partidos en cada región, podemos examinar las vías por las que la etnia y el sistema político interactúan.

Existen cinco partidos políticos en el País Vasco, además de los dos partidos que operan en otras partes de España: la Coalición Popular y el PSOE; hay tres partidos con base únicamente en la región; hay sólo dos pequeños partidos nacionalistas radicales: Euskadiko Ezquerria (EE) y Herri Bata-suna (HB), que cuentan con el 10 por 100 del voto vasco, y un partido más moderado: el Partido Nacionalista Vasco (PNV), apoyado por casi la mitad del electorado.

En las elecciones regionales de 1984, estos tres partidos obtuvieron el 63 por 100 de los votos. En las elecciones generales de 1986, las respectivas posiciones de los tres partidos en las Cortes fueron de seis escaños para el PNV, cinco para HB y dos para EE; resultados que representaban una radicalización de la política vasca sobre la base de un declive del apoyo al PNV y un incremento en el voto de HB. El objetivo de EE es un País Vasco independiente logrado mediante la lucha para la liberación nacional entre las clases trabajadoras de la región.

El tono ideológico es claramente marxista y su mensaje va dirigido a aquellos que en otras partes de España podrían votar a los comunistas (PCE).

HB es el resultado de una coalición de pequeños partidos y representa la perspectiva nacionalista extrema en el País Vasco, aunque dentro de una estructura socialista. El partido se considera como «brazo político» del grupo terrorista ETA; sus miembros no reconocen ni la Constitución española ni el Estatuto de Autonomía y sus candidatos se presentan a las elecciones sobre una base abstencionista, rehusando la participación en las instituciones políticas, que consideran ilegítimas; hace campaña a favor de la amnistía para todos los prisioneros de ETA, por la retirada de las fuerzas de seguridad españolas del País Vasco y a favor de la formación de un Estado vasco soberano e independiente que incorpore tanto Navarra como el País Vasco francés.

El PNV se fundó en 1895 y ha representado la corriente mayoritaria de la política constitucional vasca desde ese momento. El PNV se define a sí mismo como el partido «responsable» del nacionalismo vasco e intenta absorber a un espectro de votantes tan amplio como sea posible. En su intento de ser un partido «cajón de sastre» en el contexto de la política vasca, algunas veces parece fundir supuestos propugnando, por ejemplo, la elección entre vasco y castellano como lenguaje de enseñanza en las escuelas y adoptando una vía intermedia entre la política económica socialista y conservadora.

Atento a su flanco político más expuesto, combina su condena de la violencia etarra con una cuidadosa forma de evitar la palabra «terrorista». Dentro de un partido de base tan amplia como el PNV, cuyo programa necesita apelar tanto a los votantes vascos nativos como a los inmigrantes, resultaría sorprendente que no se produjeran grietas ideológicas. La más reciente de las mismas se produjo con la sucesión en el liderazgo del señor Ardanza en 1984, cuyo nacionalismo «histórico» y tradicional contrastaba fuertemente con la más pragmática y socialdemócrata aproximación del señor Garaikoetxea, quien le había precedido (Boucher y otros, 1987: 131).

A pesar de las diferencias de énfasis, lo que une a los tres partidos de base vasca es el deseo de los vascos de un mayor control sobre sus propios asuntos. Las divisiones entre ellos son sobre objetivos y métodos: si acuden

a la independencia o a la autonomía y si condenan o condonan la violencia de ETA.

En Irlanda del Norte, el núcleo de la comunidad católica vota por uno de los tres partidos siguientes: el Partido de Alianza (APNI), el Partido Socialdemócrata y Laborista (SDLP) o el Sinn Fein (PSF). Aunque hay otros dos partidos de igual talla en Irlanda del Norte, su atractivo para los católicos es impensable.

El APNI es el único partido de Irlanda del Norte que consigue apoyo en proporciones casi iguales de católicos y de protestantes. Al contar únicamente con el 5 o 6 por 100 del voto católico, invoca la «participación en el poder» entre las dos comunidades en el desarrollo del gobierno local, aunque firmemente asentado dentro de los parámetros del Reino Unido.

El partido más amplio en la comunidad católica (alrededor de dos tercios del voto católico) es el SDLP, cuya base resulta firmemente constitucional y firmemente ligada a un pleno reconocimiento de la «identidad irlandesa» en cualquier solución política. Al apoyar una «participación en el poder» requiere una «dimensión irlandesa» tangible para un pleno reconocimiento de que los asuntos de Irlanda del Norte conciernen y deben ser parcialmente responsabilidad del Gobierno británico.

Dentro de Irlanda del Norte, el partido está implicado en una completa gama de cuestiones que se estima que son causa de la alienación católica por parte del sistema político, tales como, por ejemplo, la justicia, el orden público, los recursos económicos y la identidad cultural (Moxon-Browne, 1986).

El tercer partido que atrae votos católicos es el PSF y en unas recientes elecciones ha sido capaz de atraer a un tercio de los votantes católicos a su causa. El rápido crecimiento del PSF se remonta a las huelgas de hambre de 1981, cuando tres prisioneros del IRA murieron por su causa en un intento de obtener su reconocimiento como prisioneros políticos por parte del Gobierno británico. El impacto de estas tres muertes en la comunidad católica fue el de actuar como un catalizador para un voto republicano durmiente. La atracción del PSF con su política abstencionista (excepto en las elecciones locales) y el apoyo hacia la violencia del IRA han conseguido un apoyo electoral permanente en los últimos diez años.

La falta de progreso de las tácticas «constitucionales» del SDLP habían servido sólo para mantener el atractivo del PSF. Si la firma del acuerdo anglo-irlandés (en 1985) puede contarse como una victoria para el SDLP, la amplia desilusión con su operación desde entonces puede contarse como una vindicación del punto de vista del PSF de que el acuerdo es una completa vergüenza.

La política del PSF incluye la retirada de la presencia británica de Irilan-

da, una amnistía para los presos «políticos» y la reintegración de los seis condados del norte en el territorio nacional. La actitud aparentemente ambivalente del PSF hacia la violencia («rechazable», pero «necesaria») es parte de su atractivo electoral, dado que cuatro de cada cinco votantes del PSF apoyan la violencia con fines políticos (Moxon-Browne, 1986). Este apoyo hacia la violencia le atribuye el PSF a la presencia de las tropas británicas en Irlanda del Norte, al mantenimiento de las estructuras económicas y de sectarismo político y a la ausencia aparente de canales alternativos para lograr el cambio.

Las diferencias políticas en ambas regiones (diferencias político-partidistas) se agudizan por diferentes percepciones de etnia. De este modo, el apoyo hacia un partido político regional es, entre otras cosas, un estado personal de identidad étnica y la expresión de una particular preferencia política.

IV. ETNIA Y PERIFERIA

La intensidad del sentimiento étnico en el País Vasco y en Irlanda del Norte, con apoyo de partidos políticos de base regional, surge en parte de percepciones de periferia y de depresión en relación con las instituciones centrales del Estado. Sobre la base de un número de indicadores económicos, Irlanda del Norte es la región más deprimida del Reino Unido, y aunque esto no es así para el País Vasco dentro del contexto español, la relativa prosperidad de los vascos ha declinado notablemente en los últimos cinco años debido, en gran medida, a una recesión en las industrias tradicionales como el acero y los astilleros.

En consecuencia, y no obstante sin razón, la región percibe una discriminación en su contra por parte del Gobierno central. Ramírez y Sullivan han remarcado recientemente que:

«Un serio deterioro económico se refleja en un clima de desánimo e impotencia y en la presencia de problemas sociales, tales como la despersonalización y el debilitamiento de la familia que a menudo acompaña a la desindustrialización y la crisis económica. Tales problemas no son los únicos de la región vasca ni surgen de un único origen, si bien hay una tendencia entre los vascos a echar la culpa de estos hechos al Estado español» (Boucher y otros, 1987: 133).

Tanto en Irlanda del Norte como en el País Vasco, la identidad étnica refuerza las percepciones regionales de que la periferia es postergada por las instituciones centrales del Estado.

La competencia por conseguir recursos escasos en ambas regiones resulta, además, exacerbada por las presiones bifurcadas ejercidas por el Gobierno central. En Irlanda del Norte, los esfuerzos de la comunidad protestante para mantener su posición de dominio económico corre pareja con los esfuerzos hechos por la comunidad católica para rectificar su propia situación de relativa depresión (Birrell, 1972; Cormack y Osborne, 1983).

De este modo, el Gobierno central se enfrenta con el problema no sólo de encontrar recursos para la región, sino también de decidir cómo colocar esos recursos entre las dos comunidades de la región. Aunque la división entre vascos y no vascos no resulte tajante y aunque las implicaciones económicas de tal división no son tan pronunciadas como en Irlanda del Norte, allí subsiste una competencia por los empleos y por la inversión entre aquellos que son inmigrantes recientes a la región y los que son vascos «nativos» y entre los firmemente asentados y aquellos cuyo domicilio principal está fuera de la región.

La política en la región vasca puede afirmarse que se mueve en torno a la cuestión de si las decisiones económicas se tomarán en la región vasca situando, en primer lugar, el interés regional o si han de prevalecer las prioridades de la economía española como conjunto. Es innecesario decir que esta división económica no coincide exactamente con la división entre vascos y «españolistas», pero existe una relación en tanto que el interés económico puede determinar la identidad vasca.

Al menos dos escritores sobre la etnia vasca han encontrado, como podía esperarse, una correlación entre una preferencia por un fuerte control sobre la región por parte de Madrid y un bajo grado de vinculación con la identidad vasca (Tiryakian y Rogowski, 1985; Lancaster, 1987). Al asumir que tales dicotomías existen, dos escritos sobre relaciones centro-periferia concluyen que la identidad dividida en la periferia resulta preferible para moldear las relaciones que la política seguida por el centro:

«La posición del centro parece ser menos importante que la estructura de la periferia. Mientras que podría argüirse que la intransigencia de Londres y Madrid contribuye al alto nivel de violencia en las provincias vasca y en Irlanda del Norte. El mayor problema común reside en la naturaleza dividida de las provincias» (Rokkan y Urwin, 1983: 150).

V. VIOLENCIA POLITICA

Irlanda del Norte y País Vasco comparten la experiencia de la violencia política en los últimos veinte años. En Irlanda del Norte, alrededor de 2.500 personas han muerto como resultado de los «conflictos» desde 1968; en el País Vasco, el total es de unas 600 víctimas en el mismo período.

No obstante, ni el IRA ni ETA han sido los principales protagonistas de sus respectivos grupos étnicos. Existe un mínimo de semejanzas entre los dos grupos, sus estrategias, su impacto sobre el Estado y un apoyo entre la población a la larga.

Ambos grupos han tenido como objetivo a policías y soldados en particular; pero políticos, empresarios y civiles no han escapado de su atención. Cada grupo ha contado con el asesinato de figuras preeminentes entre sus acciones: el IRA asesinó al embajador británico en Dublín en 1976, mientras que ETA asesinó al primer ministro español en 1973 (ambos incidentes relacionados con la colocación de explosivos bajo la calle).

Ambos grupos están vinculados, como hemos visto, a un partido político que defiende su derecho al uso de la violencia: Provisional Sinn Fein en Irlanda del Norte y Herri Batasuna en el País Vasco. En ambos casos, los gobiernos han utilizado leyes especiales, estableciendo arrestos sin intervención judicial por un período determinado, y ambos gobiernos se han sometido a las investigaciones de Amnistía Internacional por denuncias contra los derechos humanos: en Irlanda del Norte, la organización informó que los malos tratos inflingidos a los terroristas habían tenido lugar con la frecuencia suficiente como para justificar el establecimiento de una encuesta pública para investigarlas (Amnesty International, 1978), y en el País Vasco, «la tortura física y psicológica» se confirmó seis años después (Amnesty International, 1984).

La duración de la violencia política en ambas regiones simplifica un suficiente grado de público apoyo hacia aquellos que estén dispuestos a poner bombas, matar y mutilar en apoyo de sus creencias políticas.

Esa violencia representa un extremo de la lucha de la etnia contra el Estado. ¿Cuán extenso es ese apoyo popular? Cuando se preguntó (en 1979) si pensaban en los terroristas de ETA como «patriotas», «idealistas», «manipulados», «locos» o «criminales», casi la mitad (el 48 por 100) de los vascos que respondieron los contemplaron como idealistas o patriotas (Tiryakian y Rogowski, 1985:225).

En Irlanda del Norte, un año antes, una encuesta demostró que cerca de la mitad (el 46 por 100) de los católicos encuestados estaba básicamente de

acuerdo en la afirmación de que «el IRA lo forman patriotas e idealistas» (Moxon-Browne, 1981:58).

En ambas regiones, la consecuencia de la violencia política, provocada o no, hacen que el Estado tome medidas represivas que galvanizan amplios sectores de opinión pública moderada y excitan el perfil de los partidos constitucionales que apoyan fines políticos que complementen aquellos de los terroristas. Así, en el País Vasco:

«La contribución de ETA consistía en provocar que el Estado adoptara medidas represivas contra amplios sectores de la sociedad vasca como una vía que serviría para incrementar los niveles de conciencia política popular y para reforzar una identidad política local diferenciada» (Williams, 1982:250).

Y en Irlanda del Norte, un político protestante indica la relación entre violencia y política constitucional en la comunidad católica:

«Puedo entender lo que el IRA Provisional siente cuando son condenados por Hume. Porque en muchos aspectos ven al SDLP que, deliberadamente o no, usa el tratamiento de la violencia del IRA para conseguir sus objetivos políticos... El IRA les proporciona una muy sustancial palanca en sus negociaciones» (O'Malley, 1983: 121).

En el contexto específico de las huelgas de hambre el dilema para el SDLP se agudizó:

«Sin los 'provisionales', el atractivo del SDLP para Gran Bretaña puede desaparecer. Desesperado, el SDLP se vio en un imposible dilema: para triunfar entre los católicos había que derrotar a los 'provisionales'; pero esto, aun cuando posible, podría privarle de influencia sobre Gran Bretaña» (MacDonald, 1986:120).

VI. EL ENTORNO EXTERIOR

Hasta aquí ha sido posible discutir las implicaciones políticas de la etnia en el País Vasco y en Irlanda del Norte en referencia a las relaciones entre cada región y su Estado. Ni siquiera el Gobierno es capaz de aislar el problema de las minorías étnicas del entorno internacional.

En ambas situaciones, las percepciones y acontecimientos fuera de control y la jurisdicción del gobierno nacional constriñen su política mientras provocan la sustentación de un tipo físico y moral para el grupo étnico en cuestión.

En un nivel, esto es cuestión de reacción a y de contacto con un Estado vecino. En otro nivel, es una cuestión de actuar dentro de un contexto internacional donde las normas dictadas tanto para el gobierno como para el grupo étnico puedan ser posibles o deseables. Puede resultar útil discutir cada uno de estos niveles separadamente.

La proximidad de un Estado vecino resulta particularmente pertinente en los dos casos que estudiamos, tanto los católicos de Irlanda del Norte como los vascos son grupos étnicos que se extienden más allá de los límites del Estado. En el caso de los católicos norirlandeses, esto ha sido así desde el Tratado angloirlandés de 1921, y en el caso de los vascos, desde el Tratado de los Pirineos de 1660.

Esto ha conllevado un cierto número de obvias consecuencias para los grupos implicados. Ha debilitado la solidaridad de la etnia al diluir sus componentes entre dos Estados diferentes; ha provocado cauce de asistencia moral y práctica al sector de la etnia que se sentía más presionado, y, en consecuencia, ese Estado limítrofe ha sido un muro de contención entre los dos gobiernos nacionales. Existe una importante distinción entre los dos casos a examen: en tanto que los católicos irlandeses son una minoría en su región, los de la República son el grupo dominante (95 por 100), y mientras que los vascos del sudeste de Francia constituyen menos del 1 por 100 de la población de Francia, forman al menos la mitad de la población del País Vasco.

Estos básicos hechos demográficos han de tenerse en cuenta al contrastar las percepciones con respecto al *statu quo* mostrado por cada grupo. Existe, por ejemplo, más apoyo para cambiar la frontera irlandesa entre los católicos de la República que entre los de Irlanda del Norte (Moxon-Browne, 1983; Fortnight, 1988), y existe mucha mayor satisfacción con las relaciones centro-periféricas entre los vascos franceses que en el caso de España (Lancaster, 1987) a pesar del mayor grado de centralización en Francia que en la España posterior a Franco.

Así, aunque es cierto que en ambos casos existe un deseo latente de unir la etnia, este apogeo hacia la unidad étnica puede no ser constante o completamente recíproco en ambos lados de la frontera interestatal. Ultimamente, el deseo de unidad étnica puede depender de cálculos de ventaja: ¿cómo se sienten los miembros del grupo étnico en el Estado que actualmente habita?

Los acuerdos bilaterales intergubernamentales han sido una parte integrante de la estrategia del Estado en relación con una minoría étnica. El acuer-

do entre Sri-Lanka y la India de 1987 se firma tanto para tranquilizar a los tamiles del norte de Sri-Lanka como para impedir el crecimiento de la insatisfacción étnica en el propio estado Tamil Nadu de India. El acuerdo anglo-irlandés de 1985 intentaba tranquilizar a los católicos de Irlanda del Norte de que su identidad étnica sería al menos reconocida por la influencia ejercida sobre el Gobierno británico por el Gobierno de la República.

Sin embargo, este acuerdo estuvo precedido (y todavía acompañado) de unas frágiles relaciones entre los dos países. La reclamación constitucional del norte por la República proporciona una fuente de antagonismos: problemas sobre la seguridad fronteriza, extradición de terroristas arrestados y el hecho de que la República sufra efectos de «rechazo» de la situación del norte; todo ello provoca una dieta diaria de disentimiento en las relaciones bilaterales. El Gobierno irlandés está en la nada envidiable situación de tener grandes intereses, pero de no tener gran influencia en lo que sucede en el norte, mientras que al Gobierno británico le es aplicable lo contrario.

Resulta interesante comparar las relaciones entre Francia y España sobre la cuestión vasca. Bajo el régimen de Franco, el Gobierno francés ponía razonables argumentos en contra de la extradición a España de arrestados vascos. Después de 1975, Francia ha ido variando lentamente su política hacia la ley del nuevo orden democrático. Esta desgana procedía del hecho, en parte, de la creencia de que Francia continuaría su política de ser puente para refugiados políticos y, en parte, del miedo a crear problemas en su propia región vasca, que había permanecido siempre relativamente pacífica. No fue hasta 1984 cuando la mejora de las relaciones entre las administraciones socialistas de los dos países condujo a una cooperación más estrecha en la seguridad fronteriza y en materia de extradiciones. Esta nueva cercanía entre los dos gobiernos condujo a lo que Francia había temido: violencia espasmódica de un grupo vasco llamado Iparretak en el sudoeste de Francia.

Más aún: camiones y edificios franceses identificados como propiedad francesa en el País Vasco español comenzaron a ser atacados por ETA. Este tipo de violencia fronteriza en el despertar de la cooperación intergubernamental tiene un eco evidente en la continuidad de la violencia del IRA en ambas partes de Irlanda desde la firma del acuerdo angloirlandés.

El entorno internacional también ofrece un contexto dentro del cual las implicaciones políticas de la etnia se determinan. Más claramente, el casi universal consenso de que las fronteras de los «Estados» y «naciones» han de coincidir (aunque, de hecho, rara vez sucede así) produce un apoyo moral para la autodeterminación étnica. Un gran conocimiento de predicamentos étnicos en otras partes del mundo (por ejemplo, la publicidad que afecta tanto a la OLP como a los sikhs) tiende a reforzar las aspiraciones separatistas.

tas. El hecho de que muchos Estados mantengan su existencia ampliando el monopolio de la fuerza legítima más que argumentando sobre la base de la «pureza» étnica conduce a la creencia en la causa del protonacionalismo: el único límite proviene del pragmatismo y de la viabilidad. Dada la fuerza de las normas internacionales, el caso de los vascos resulta más débil que el de los católicos del norte. El Gobierno británico no ha dicho específicamente que Irlanda del Norte sea un territorio inalienable (Guelke, 1985:41), en tanto que el Gobierno español ha regulado específicamente la sucesión en su Constitución. El País Vasco podría llegar a ser un Estado separado, mientras que Irlanda del Norte podría unirse a otro Estado.

La geografía favorece la unidad de los irlandeses, pero argumenta en contra de la de los vascos. La fuerza de la comunidad irlandesa en Norteamérica actúa como un factor de ventaja para los católicos norirlandeses; pero no existe ninguna comunidad vasca allende los mares con la misma influencia que la irlandesa. Ultimamente, desde que España ha llegado a ser no sólo democrática, sino cuasi federal, existen pocas simpatías internacionales para la campaña de violencia a favor de la independencia vasca. En Irlanda del Norte, la campaña de violencia atrae el apoyo exterior a pesar de los intentos llevados a cabo por el Estado para resolver el problema internamente y las estructuras políticas que tienen perspectivas de ganar aceptación dentro de Irlanda del Norte (Guelke, 1985:49).

VII. CONCLUSIONES

1. *Largos periodos de política represiva instigada por el Estado tienden a reforzar más que a reprimir la solidaridad étnica*

Desde 1936 hasta 1975 se suprimió cualquier manifestación de etnia en regiones como el País Vasco y Cataluña. Las instituciones regionales, emblemas y banderas se consideraron fuera de la ley; la lengua étnica fue prohibida en público y los libros en vasco se quemaron. «Este asalto sobre el hecho cultural central del País Vasco fue un intento deliberado por parte del dictador de extirpar un regionalismo que se contemplaba como una amenaza para la unidad orgánica del Estado cuya integridad se consideraba una precondition para su efectividad» (Moxon-Browne, 1987:2). La larga dictadura tuvo el efecto de «sellar» la identidad vasca de forma tan efectiva, que resurgió casi ilesa en 1975.

En efecto, la fermentación cultural había resultado suficiente para forzar unas pocas concesiones oficiales antes de la muerte del dictador: la Universi-

dad de Salamanca estableció en 1955 una cátedra de estudios vascos y la lengua vasca se enseñó en las escuelas primarias después de 1968.

En Irlanda del Norte la hegemonía unionista entre 1922 y 1972, durante la cual surgió un solo partido, cerró efectivamente la posibilidad a la comunidad católica de tener cualquier pensamiento de progreso político. Los órganos del Estado, la legislación de emergencia, el *gerrymandering* de los límites del gobierno local, el conseguir alojamiento y el acceso al empleo... todo ello se utilizó en contra de la comunidad católica o se intentó que así fuera. Si la estabilidad de Irlanda del Norte se caracterizaba por «un Parlamento británico y un Estado protestante», la frase se confirmó ampliamente por las actitudes subyacentes que efectivamente excluían a la comunidad católica del poder y de la influencia durante un régimen de cincuenta años. Cuando se reafirmó la identidad católica en 1968, se había galvanizado en un punto de oposición por su experiencia de subordinación, no convertida en sumisión. Tanto en Irlanda del Norte como en el País Vasco, el resurgir de la etnia se había potenciado por tempranas experiencias esperanzadoras: en el caso vasco, la Segunda República había otorgado un Estatuto de Autonomía, ahogado en germen por el estallido de la guerra civil en 1936. En Irlanda del Norte, el nuevo régimen Stormont se había iniciado entre rayos de optimismo para el futuro: la representación proporcional se demoró algunos años en espera de que se llevara a cabo la educación integrada y un tercio de los puestos de la nueva policía (la RUC) se reservaron a los católicos; sin embargo, todas estas iniciativas fueron superadas por fuerzas sectarias más poderosas. Como un escritor plasmó: «... ningún espíritu prevalece. Al contrario, las divisiones de los primeros meses han llegado a estar más firmemente enraizadas y los nuevos Gobierno y Parlamento no logran, e incluso no buscan, hacer un esfuerzo sustantivo para ganar la aceptación general» (Buckland, 1981:59).

2. *La modernización estimula la conciencia étnica*

En contraste con el argumento popular primero de que la modernización diluiría y homogeneizaría las culturas parroquiales dentro de los modernos naciones-Estados, la situación parece haber sido la contraria. La coincidencia de quiebras y desigual desarrollo económico catalizaba, efectivamente, la conciencia étnica al hacer que una etnia se percatara de que había sido relegada en la carrera del crecimiento económico (por ejemplo, Bretaña), o de que su propia economía regional se había explotado en beneficio de la economía metropolitana (por ejemplo, Galicia), o que su propio pueblo, aunque más próspero en términos absolutos, estaba relativamente peor que otro grupo

con el cual se había identificado. Los católicos de Irlanda del Norte se encuentran dentro de esta categoría desde que participaron del movimiento ascendente de prosperidad en la década de los sesenta, pero se les negaron los frutos plenos del «boom» y sufrieron los efectos de las condiciones de «mercado de trabajo partido» (véase Taylor, 1979) prevalente en la región. En efecto, fue en parte la expansión de la economía de Irlanda del Norte en los años sesenta lo que hizo que se acentuara la conciencia de «depresión relativa» en la comunidad católica. En el País Vasco ocurrió un fenómeno ligeramente distinto. Bajo el régimen de Franco, el País Vasco fue una de las regiones más desarrolladas de España, como aún lo es; pero la economía altamente centralizada significó que el centro extraía más de los vascos en concepto de impuestos que lo que devolvía en forma de gasto público. Las percepciones vascas de foco de depresión relativa, en consecuencia, no sobre la actual hecha entre ellos y el resto de España, sino en torno a cuanto más amplia podría ser la distancia si ellos detentaran un pleno control sobre sus propios recursos. El País Vasco fue la única región de España en el período 1973-1981 que contempló que su posición económica (renta *per capita*) relativa al porcentaje nacional estaba en declive (Tamames, 1986:239).

3. *La distribución del poder político en el Estado puede ser un factor capital de acomodación de las divisiones étnicas*

No parece existir duda de que la introducción de los estatutos de autonomía para todas las partes de España ha hecho más factible propiciar el *ethos* nacionalista distintivo tanto de Cataluña como del País Vasco. Para haber dado a estas regiones (y a Galicia) el grado de autonomía que tienen, sin obtener otras regiones los mismos privilegios, el Gobierno se habría expuesto a hacer pedazos la «unidad orgánica» del país. Esto habría sido inaceptable para la derecha y, en especial, para el Ejército, de cuya buena voluntad dependían los primeros pasos frágiles de la nueva democracia. Sin embargo, hay un sentimiento de que la autonomía de ciertas regiones se percibe como algo artificial, una especie de autonomía «inducida» que ha creado una conciencia étnica cosmética que no existía previamente y que crea un grado extra de administración allí donde realmente no se requería. La complejidad política de los partidos del País Vasco y de Cataluña difiere de la de otras regiones en el sentido de que los últimos son imágenes reflejadas y distorsionadas del mapa político de los partidos regionalistas, mientras que en las dos regiones con «nacionalidades históricas» el sistema de partidos se hace en base a étnicas regionales. El equilibrio de poder entre el centro

y las regiones se mantiene tanto en un nivel legal-constitucional como político-económico; pero el hecho de que el diálogo se lleve a cabo dentro del esquema, que es ampliamente aceptado en principio, conduce, a largo plazo, hacia un declinar del sentimiento separatista en el mismo País Vasco. Sin embargo, los intentos del Gobierno central de mantener el control en las regiones supervisando los ejecutivos autonómicos y actuando directamente con las autoridades provinciales representa una quiebra en la armonía entre el centro y las regiones, armonía que se asume y prescribe en la Constitución española (Valles y Foix, 1988:403).

Si la distribución del poder político dentro del Estado español ha constituido un sustancial, pero aún indefinido, impacto en la regulación de la política étnica en las «nacionalidades» históricas de España, no puede decirse lo mismo de Irlanda del Norte. Al contrario, el Estado suprimió el grado regional de gobierno en 1972 como respuesta al incremento de la violencia en la región y lo sustituyó por lo que se conoce agudamente como «mandato directo». En efecto, lo «directo» de este «mandato» se refiere más al terreno legislativo que al ejecutivo, ya que Irlanda del Norte tiene sus propios ministros que trabajan *in situ*, mientras que el Parlamento local de Stormont ha sido prorrogado desde 1972, a pesar de los intereses de crear un legislativo regional para rellenar el vacío político local.

Este contraste parece que nos enseña que así como en el País Vasco la comunidad tiene la suficiente cohesión como para ser capaz de operar un legislativo regional satisfactoriamente e incluso también de adoptar responsabilidades políticas limitadas (algo que está fuera de discusión en el futuro inmediato de Irlanda del Norte), en el caso de la dicotomía católico-protestante los orígenes históricos de la división (nativo-colono) y las percepciones claramente de suma cero de cada comunidad con respecto a los costes y beneficios económicos crea un compromiso dentro de una estructura política regional imposible en la actualidad. En ambos casos, las dos comunidades viven y trabajan la una dentro de la otra, a pesar de contar con niveles semejantemente altos de endogamia, y aunque existen resentimientos de los vascos por la «invasión» de su región por parte de inmigrantes de las zonas más pobres de España, las recompensas de la cooperación en la economía regional compensan de los costes de la discriminación o segregación. Esto no resulta igualmente válido para Irlanda del Norte, donde la percepción protestante es de que cualquier mejora en la posición económica de la comunidad católica ha de ser a sus expensas.

4. *La solidaridad de un grupo étnico depende en gran medida de las relaciones entre él mismo y otros grupos étnicos o la sociedad más amplia*

Ya hemos visto (Tajfel, 1977) que la permeabilidad del grupo superordinado o mayoritario determinará la cohesión del grupo subordinado o minoritario. En casos donde los miembros de un grupo étnico minoritario tratan de infiltrarse en la sociedad más amplia, pero encuentran su camino bloqueado por prejuicios y reacciones estereotipadas (por ejemplo, la comunidad de la India occidental en Inglaterra), el grupo étnico tratará de volver sobre sí mismo y de adoptar un punto de vista reforzado por su propia diferenciación. En Irlanda del Norte, los miembros de la comunidad católica pueden participar en la sociedad más amplia sólo desvinculándose de su propia etnia o de sus puntos de vista políticos. Para «pasar» (por utilizar la jerga sociológica) necesitan camuflar su etnia; así, nombres como Sean y Raisin se convierten en John y Rose. En el País Vasco resulta difícil hablar de una comunidad mayoritaria y de otra minoritaria, puesto que, como se ha visto, la definición de etnia vasca es mucho más difícil que la de la identidad católica en Irlanda del Norte.

No obstante, la distinción vasco-no vasco no requiere que los individuos cambien sus nombres o sus opiniones: las elites políticas y económicas incluyen miembros de ambas comunidades desde el momento en que se asume que al vivir un individuo en el País Vasco se le identifica por este hecho. Es cierto, como se vio antes, que vascos y no vascos ponen diferente énfasis en los criterios acerca de la nacionalidad vasca y han contrastado ampliamente sus diferencias a causa del *status* constitucional de la región, hay suficiente traslapamiento en estas cuestiones para que las divisiones no se refuercen mutuamente. En el País Vasco existe una fuerte relación entre sentirse uno mismo «sólo vasco» y aspirar a un Estado vasco independiente, pero alrededor del 50 por 100 de aquellos que se ven a sí mismos como «sólo especiales» están a favor de la autonomía regional (Lancaster, 1987:575). En Irlanda del Norte sabemos estadísticamente que si un elector es protestante hay un 99 por 100 de posibilidades de que vote a un partido «unionista» (es decir, un partido que defiende el *status* de la región dentro del Reino Unido).

5. *El entorno exterior es un elemento clave
en la determinación de las implicaciones políticas de la etnia*

Según vimos anteriormente, los dos grupos étnicos que hemos analizado en este artículo están vinculados con «coetnias» al otro lado de la frontera estatal. Esto significa tanto costes como beneficios para el grupo étnico. Por una parte, existirán ventajas al obtener fuerza del Gobierno vecino al tener «pares» étnicos con los que poder establecer comparaciones, y para aquellos implicados en la violencia, al contar con una retirada segura.

Los costes están casi todos vinculados a la desunión, potencial y actual, que procede de estar la etnia biseccionada por una frontera estatal. Esta desunión puede ser política (una parte de la etnia se halla mejor representada en su Estado que la otra), puede ser económica (una parte de la etnia resulta más beneficiada) o puede ser cultural, en el sentido de que una u otra parte de la etnia pueden tener más libertad para expresarse culturalmente. Las actitudes, como hemos visto, son probablemente divergentes a cada lado de una frontera estatal, donde los miembros de la etnia sopesan los pros y los contras de pertenecer a un subgrupo o a otro. Estas actitudes rara vez discurren en una dirección: todos podemos decir con seguridad que una frontera estatal complica las percepciones de un grupo étnico. Los católicos de Irlanda del Norte se comparan a sí mismos con los protestantes, no con los católicos de la República. Los vascos franceses están más satisfechos de sus relaciones con el Gobierno central que los vascos españoles.

(Traducción de A. ELVIRA.)

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- AMNESTY INTERNATIONAL: *Report on an Amnesty International Mission to Northern Ireland*, Londres, Amnesty International, 1978.
- AMNESTY INTERNATIONAL: *Amnesty International Report on Torture*, Londres, Amnesty International, 1984.
- BIRRELL: «Relative Deprivation as a Factor in Conflict in Northern Ireland», en *The Sociological Review*, 20, 1972.
- BOUCHER y otros: *Ethnic Conflict*, Nueva York, Sage, 1987.
- CORMACK y OSBORNE: *Religion, Education and Employment: Aspects of Equal Opportunity in Northern Ireland*, Belfast, Appletree, 1983.
- ETZIONI: *Political Unification*, Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1965.
- FAIR EMPLOYMENT AGENCY: *The Roman Catholic Population of Northern Ireland in 1981*, Belfast, Fair Employment Agency, 1985.
- FORTNIGHT: *Poll Shock for Accord, Belfast*, Fortnight Publications, 1988.

- GUELKE: «International legitimacy, self-determination, and Northern Ireland», en *Review of International Studies*, 11, 1985.
- GUTTERIDGE: *The New Terrorism*, Londres, Mansell, 1986.
- HAAS: *The Unity of Europe*, Stanford, Stanford University Press, 1968.
- LANCASTER: «Comparative Nationalism: the Basques in Spain and France», en *European Journal of Political Research*, 15, 1987.
- LINDBERG: *The Political Dynamics of European Economic Integration*, Stanford, Stanford University Press, 1963.
- MACDONALD: *Children of Wrath*, Cambridge, Polity Press, 1986.
- MOXON-BROWNE: «The Water and the Fish: Public Opinion and the Provisional IRA in Northern Ireland», en *Terrorism: An International Journal*, 5, 1981.
- MOXON-BROWNE: *Nation Class and Creed in Northern Ireland*, Aldershot, Gower, 1983.
- MOXON-BROWNE: «Alienation: the Case of the Catholics in Northern Ireland», en *Journal of Political Science*, XIV, 1986.
- MOXON-BROWNE: «Spain and the ETA: The Bid for Basque Autonomy», en *Conflict Studies*, 201, 1987.
- O'MALLEY: *The Uncivil Wars*, Belfast, Blackstaff, 1983.
- ROSE: *Governing Without Consensus*, Londres, Faber, 1971.
- ROKKAN y URWIN: *Economy, Territory, Identity: Politics of West European Peripheries*, Londres, Sage, 1983.
- RYAN: «Explaining ethnic conflict: the neglected international dimension», en *Review of International Studies*, 14, 1988.
- SMITH: *The Ethnic Revival*, Cambridge, Cambridge University Press, 1981.
- SMITH: *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford, Blackwell, 1986.
- TAJFEL: *The Social Psychology of Minorities*, Londres, Minority Rights Group, 1977.
- TAMAMES: *The Spanish economy*, Londres, Hurst, 1986.
- TAYLOR: *Brass Money and Wooden Shoes: Protestant Sectarianism and Ethnic Competition in Northern Ireland* (Unpublished PhD dissertation), University of Michigan, 1979.
- TIRYAKIAN y ROGOWSKI: *New Nationalisms of the Developed West*, Boston, Allen and Unwin, 1985.
- VALLES y FOIX: «Decentralization in Spain: a review», en *European Journal of Political Research*, 16, 1988.
- WHYTE: «How is the boundary maintained between the two communities in Northern Ireland?», en *Ethnic and Racial Studies*, 9, 1986.
- WILLIAMS: *National Separatism*, Cardiff, University of Wales Press, 1982.